

Un hombre, un símbolo:

Dr. Arturo Luis Berti

Salvador José Carrillo

Se ama aquello por lo que se trabaja, y se trabaja por lo que se ama.

ERICH FROMM

Si entre los venezolanos hay alguien al que por su dedicación ininterrumpida durante treinta años a una rama específica de la actividad humana puede aplicarse sin exageración alguna la sentencia que sirve de epígrafe a estas líneas, ese alguien es ARTURO LUIS BERTI.

Hijo del matrimonio modelo de don Arturo Berti y doña Virginia Márquez de Berti, nuestro biografiado fue, junto con sus numerosos hermanos y hermanas, "acrisolado como se acrisola el oro" en la fragua de un amor cuyos elementos constitutivos de madurez, conocimiento del propio valer y coraje para afrontar los pequeños y grandes problemas de la vida, deberían servirle, cuando hombre, de segura piedra de toque para distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo que brilla con luz propia de lo que es sólo pantalla de relumbrón.

Del hogar a los Centros Educativos

Formados el corazón y la voluntad con las enseñanzas y buenos ejemplos que a diario recibía en su casa, nuestro proyecto de hombre pasó, a los diez años, a la Escuela "Dr. Sálvano Velasco", que en su lar nativo, Boconó, regentaba don Máximo Saavedra, hombre humilde, pero de profundos conocimientos en varias ramas del saber humano. Luego viaja a la capital del Estado Trujillo para continuar sus estudios en el "Liceo Trujillo", bajo la dirección del enciclopedista Br. Félix Andrés González Maldonado, y en la Escuela

Federal "Cristóbal Mendoza", trasladándose en 1928 a Caracas, donde acaba de fortalecer su joven intelecto en el Instituto "San Pablo" y Liceo "Andrés Bello". Veinte años contaba el estudioso boconés cuando en la capital de la República obtenía el título de Bachiller en Filosofía, previa la presentación y discusión, ante un jurado ad-hoc, de la tesis titulada "Cementos".

Coronado este peldaño intermedio para seguir una carrera profesional, el adolescente ingresa en 1932 al Curso de Ingeniería Civil que cada dos años se dictaba en nuestra vieja e inolvidable Universidad Central, donde la unidad de todos los estudiantes constituía un bloque monolítico en el que aún no había comenzado su trabajo de zapa la terrible carcoma de la politiquería alimentada por doctrinas exóticas y disolventes.

Con la presea de "no repitente", se adentra Arturo Luis el año 1935 en su cuarto y último año de la carrera a que lo había conducido una bien cimentada vocación. Y como todo en la vida requiere de un comienzo, en febrero de 1936, cinco meses antes de coronar la cima de sus aspiraciones, ingresa en la Oficina de Ingeniería Sanitaria, completando así un triángulo cuyos otros dos lados estaban formados por los valiosos ingenieros doctores Germán Buroz y Diego Bautista Mejías, de grata memoria el primero y de una fructífera vida profesional el segundo.

De la Universidad a la vida pública

Con los exámenes de julio de 1936, seguidos en breve plazo por el ineludible examen integral, en el que presenta la tesis "Métodos de ingeniería aplicables al control

de la Malaria en Venezuela", nuestro biografiado obtiene el título de Doctor en Ciencias Físicas y Matemáticas, dando así fin a una carrera que le abría amplísimas perspectivas que, dada su limpia y competente vida de estudiante, le prometían éxito y dinero. Pero, alma sencilla no acuciada por el hambre del oro, prefirió, al igual que algunos de sus compañeros universitarios, atender al llamado de una voz que pedía se procediera a organizar y llevar a cabo una campaña decisiva contra el tremendo flagelo del paludismo o malaria, en cuyo Debe se cargaban anualmente unas 7.000 muertes del millón de enfermos, dejando ayunos de brazos y de voluntades para el trabajo a campos y ciudades comprendidos dentro de las dos terceras partes (600.000 kilómetros cuadrados) de la extensión territorial de la República.

Esa voz, que para muchos era "una voz que clamaba en el desierto", la profería un hombre de todos conocido: el doctor Arnaldo Gabaldón, médico cuyos amplios estudios sobre el problema malarico lo capacitaban para no cejar en la empresa que tenía en mientes. Y por comprender que él solo no podría hacer nada, reclamaba la presencia de otros hombres que estuvieran dispuestos a sufrir los sacrificios e incomodidades propios de una campaña dirigida contra un enemigo por demás numeroso y sanguinario, como lo es el mosquito Anófeles. Hombres de temple, profesionales, sub-profesionales y obreros, debían constituir la vanguardia de este ejército cuya retaguardia la formaría un grupo de entomólogos, laboratoristas, microscopistas y personal secretarial, sin que por ello faltaran los estadísticos que deberían analizar los resultados obtenidos a medida que progresara la campaña: si buenos, para afinar la puntería; si malos, para rectificar a tiempo los métodos y los procedimientos establecidos.

Con este relativamente pequeño cuerpo de ejército de civiles, capitaneados por Gabaldón, quedó constituida el 26 de julio de 1936 la División de Malariología, cuya táctica de lucha abarcaría simultáneamente tres campos de acción: el primero, dirigido al conocimiento de la extensión e intensidad del mal, para atacar al parásito malá-

rico en el hombre enfermo; el segundo, enfocado a determinar las especies anofelinas vectoras, sus criaderos acuáticos específicos, sus tendencias andrófilas y sus hábitos de reposo después de picar y darse su hartazgo de sangre humana. El tercero y último de aquellos campos de acción sería una secuela lógica e imperativa de los dos primeros, ya que el objetivo final de la campaña era lograr la interrupción de la transmisión malarica por el ataque directo al mosquito vector, bien controlando sus criaderos por la aplicación de sustancias larvicidas, ya eliminando esos focos mediante la construcción de sistemas de drenaje y rellenos, o por una combinación de ambos; ya por la atomización de insecticidas de acción inmediata que matasen los anofelinos presentes en la habitación humana, o bien, cosa que no se lograría sino diez años más tarde, por el rociamiento integral de las casas y sus enseres con insecticidas de acción residual, de los cuales ocupó lugar preponderante el por todos conocido DDT.

El que va a salir se asoma

Desde los comienzos mismos de la lucha antimalarica, nuestro biografiado se distinguió por su iniciativa, constancia en el trabajo, estudio ininterrumpido de todo lo que tuviera relación con el problema que se trataba de resolver y, sobre todo, por su carácter: duro y tenaz como el acero en las situaciones en que peligraba el éxito de la campaña, o la dignidad y respeto debidos a quienes lo rodeaban, pero a la vez dúctil y conciliador cuando era necesario.

Con este bagaje personal, acrecentado con los conocimientos adquiridos entre 1936 y 1942 por viajes y estudios hechos en la Zona del Canal y las Repúblicas de Panamá y Costa Rica (1936) y en Norte-América en las Universidades de Purdue, Indiana (1937-38), y College Station, Texas (1938-39), donde obtiene el título de Ingeniero Municipal y Sanitario; Estados de Georgia y Florida (1939) y, tres años más tarde (1942), como becario de la Fundación Rockefeller para cursos especiales dictados en otros seis Estados de la poderosa nación nortea, no era de extrañar que el novel ingeniero fuera avanzando, sin dar saltos, en el intrincado camino de la Salud Pública:

de Ayudante del Servicio de Ingeniería Sanitaria (1936) pasa sucesivamente a ocupar los cargos de Ingeniero al Servicio de la División de Malariología en Puerto Cabello y Maracay (1936-41), Jefe de Sección de Ingeniería Antimalarica (1941-50), Jefe Encargado de la División de Malariología, Maracay, desde 1951 a 1960, y, por último, Director de Malariología y Saneamiento Ambiental, Caracas, desde 1961; organismo éste del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social creado con el fin de resolver los distintos problemas que para la salud de los venezolanos están en estrecha relación con el medio ambiente. De aquí que la nueva Dirección se constituyera con las Divisiones de Endemias Rurales (antigua División de Malariología), Ingeniería Sanitaria, Vivienda Rural, Acueductos Rurales, Anquilostomiasis y otras Helminthiasis, Servicios Auxiliares y Escuela de Malariología y Saneamiento Ambiental: el pequeño arbusto sembrado por Gabaldón en 1936 se convirtió en gigante árbol bajo cuya sombra descansa la fe de los venezolanos en los hombres que tienen a su cargo la erradicación de las endemias que han venido azotando a nuestra Patria.

El árbol bueno da buenos frutos

Bien cabe aplicar esta sentencia evangélica a quien, como nuestro biografiado, se ha dado por entero durante 30 años ininterrumpidos a la causa de la Salud Pública. Mas, si bien es cierto que aquél ha desarrollado una actividad fuera de lo común, traducida, por una parte, en el desempeño de 15 cargos ad-honorem y como miembro activo de 10 sociedades técnicas, y, por otra, en su asistencia a 40 eventos científicos, en los cuales ha presentado 25 trabajos sobre diversos temas de Salud Pública, bástale uno solo de los frutos obtenidos con la estrecha colaboración de sus compañeros y subordinados, como es la Campaña de Erradicación de la Malaria, para que su nombre sea merecedor de la gratitud de todos los venezolanos.

En efecto, de los 600.000 kilómetros cuadrados originalmente malaricos, para mediados de 1965 se encontraban sin casos autóctonos, en un período de 3 a 16 años, 469.714 kilómetros cuadrados; de 1

a 2 años sin casos de igual naturaleza, 7.328 kilómetros cuadrados, y con menos de un año sin malaria autóctona, 122.958 kilómetros cuadrados. Lo que, expresado en otros términos, significa que 6.028.199 habitantes están libres de malaria, 101.726 en fase de consolidación y 271.992, distribuidos en 25 municipios de un total de 545 originalmente afectados por la endemia, aún están bajo la fase de ataque por presentar todavía problemas de malaria residual, cuya erradicación se ha visto dificultada por factores ajenos a la propia Dirección. Y para que la admiración suba de punto bastaría considerar que la otrora semi-desierta zona malarica, hoy libre del terrible mal, tiene 13 habitantes por kilómetro cuadrado, contra 7 del área (312.050 kilómetros cuadrados) que nunca llegó a sufrir el flagelo.

Reconocimiento de méritos

La lucha sin tregua llevada a cabo por nuestro biografiado en beneficio de la Salud Pública ha sido premiada con las condecoraciones de la Orden del Libertador, Cruz de Boyacá, Orden de Andrés Bello y Orden del Mérito de la República Italiana. Pero si estos merecidos galardones han podido satisfacer la natural vanidad que anima a todo ser humano, el buen homenaje que sus compañeros y amigos le rindieron la noche del 11 de febrero próximo pasado fue la ola que desbordó el dique emocional del Dr. Berti, cuyas palabras de agradecimiento a las pronunciadas por el oferente, Dr. José Antonio Jove, y por el propio ministro de Sanidad y Asistencia Social, Dr. Domingo Guzmán Lander, tocaron a rebato en las almas de los allí congregados, haciendo que en los ojos de muchos aflorase el manantial de las lágrimas y que todos los corazones acelerasen el ritmo de sus latidos.

Pincelada final

En estos párrafos, su autor ha trazado un tosco bosquejo, ya que no un acabado retrato del compañero de la infancia y compañero de trabajo por más de un cuarto de siglo, en quien Venezuela tiene un hombre en el sentido más amplio del vocablo y un símbolo perfecto de fe, constancia y patriotismo y de justicia, fortaleza y templanza.